

EL ÚLTIMO CAFÉ

Pablo Buentes Rodríguez (@PabloBuentes)

Se hace la luz. El soldado enciende una vela con un soplido rápido y enérgico. Camina de espaldas, zigzagueando en sillas que se levantan a su paso, vasos que estallan recomponiéndose, muebles cerrados. Saca un pistolón oscuro, humeante. Un hombre se alza rehaciéndose. Zum, zum, dos enormes balas brotando del pecho chorreante. La sala se ilumina por los destellos. El hombre grita en una lengua desconocida antes de sentarse mecánicamente. El soldado deja de sonreír y cierra la puerta de una patada. Un crujido resuena como un eco, lejos. Después nada. Humo que vuelve hasta una taza de café hirviendo y una mano que hace círculos con una cucharilla de cobre. Él ya sabe que vendrá. Devuelve el café al fuego encendido y lo apaga. La ventana escupe unas faldas blancas. Una mujer cierra la ventana, un paso, dos, tres hasta el hombre. Un beso. Alguien que grita desde lejos y la mujer sofocada que recupera su color, una falda de volantes, un corsé desatado torpemente que deja al descubierto dos pechos pequeños y blancos, un vuelo de encajes, ella desnuda. Después ambos se meten entre las sábanas. La luz de la vela ilumina la habitación. Se hace la oscuridad. Nada. Alguien grita desde lejos. Ya vienen.